

Sáez Rueda, Luis (2021). *Tierra y destino*. Barcelona: Herder. ISBN: 978-84-254-4730-3.

Reseñado por: María García Pérez. Universitat Oberta de Catalunya.

Recibida: 10/02/2022. Aceptada: 11/02/2022

Tierra y destino es la tercera parte de la magistral investigación iniciada por el filósofo Luis Sáez Rueda con dos publicaciones anteriores: *Ser Errático. Una ontología crítica de la sociedad* (2009) y *El ocaso de Occidente* (2015). Aunque se lee de forma independiente sin problema alguno, el pensador granadino retoma y profundiza allí los temas y tesis principales que ya estaban en las dos obras mencionadas: ontología, filosofía de la naturaleza, antropología, crítica del presente y teoría del poder, se entrecruzan para darnos una mirada amplia y compleja del ser del humano como tensión entre lo *céntrico* y lo *excéntrico*. Pero, también, para establecer un análisis sintomatológico acerca de las crisis que hoy nos acechan y parecen conducirnos, inexorables, al colapso de eso que podemos denominar mundo humano. Más detenidamente, Sáez sostiene que entre la dimensión *centrada*, inmersa en las cosas, y la dimensión *excéntrica*, cuya luminaria consiste en un extrañamiento fundamental capaz de cuestionar acerca del porqué de esas mismas cosas entre las que habitamos, de los fenómenos tal cual los comprendemos y tal cual nos afectan, y, por tanto, de abrir a nuevos sentidos y nuevos afectos por venir, se despliega la urdimbre que posibilita nuestro estar y nuestro ser. Tensión que en su desequilibrio lleva a patologías de civilización y a un ocaso que genera no pocos malestares. Ahora bien, al mismo tiempo, como envés de este ocaso, de este declinar del porvenir, el filósofo nos da a vislumbrar sus posibles auroras. En el caso de esta última obra, como vamos a ver, dichas auroras tendrán que ver, en clave *ontoecológica*, con la propuesta de un viraje necesario respecto del modo de relacionarnos con la Tierra que hemos

venido desarrollando, sobre todo, desde la modernidad y que, ni siquiera ahora, con la crisis climática en ciernes, hemos conseguido efectuar.

Tal y como explica el autor, la tensión *centricidad-excentricidad* como índole errática (2009) del ser humano es condición última de la contextura cultural de Occidente y su mundialización. Radicado y al mismo tiempo extraditado, es fontanal de *dynamis* en lo socio-político. Lo cultural-ontológico como conjunto (excéntrico y profundo) de problemas en movimiento, esto es, de interrogantes acerca del significado de lo ente, cristaliza a cada paso en instituciones que recogen, a modo de solución provisional, dicha problematicidad, configurando el suelo socio-político (céntrico y de superficie) sobre el que caminamos. Un suelo sin otro fundamento que esa interrogación infinita que nos arranca de las seguridades construidas al mismo tiempo que las hace posibles en su apertura *autoalterante*. La consecuencia es clara: para saber dónde y cómo estamos, y, por tanto, para engendrar otros modos posibles de ser y de hacer, no basta con detenernos a examinar los caminos de lo dado, lo que sucede en la toma de decisiones humanas diarias y sus consecuencias (éticas, económicas, políticas, ecológicas). Ellas son sólo la superficie, la punta de iceberg que esconde movimientos abismales de aquella dupla *céntrico-excéntrica* antes descrita. ¿Hemos abandonado la excentricidad? ¿ha enflaquecido o se nos ha sustraído ese fondo cuestionante que ilumina porvenires? ¿Cómo y por qué? ¿qué implica entonces esta falta de apertura a la transformación y, por ende, al futuro?

Ahora bien, en esta reflexión hay múltiples capas, estratos que se

yuxtaponen para ofrecernos una visión del mundo, de su gestación y su devenir, que no sólo implican al humano. Potencias no humanas, potencias de la naturaleza, atraviesan la condición humana para explicarnos la totalidad de lo real como *gesta*, es decir, como auto-gestación *poiética* en lucha, además, contra las leyes férreas (que actúan como destinos ya en el campo natural). Con ello el libro defiende un fondo irreglable del ser, *ser-salvaje*, como diría Ponty y como trae el propio Sáez en su texto. Plus indomeñable que configura un mundo siempre naciente en y por sus diferencias vinculadas y productoras de más diferencia. Aquí Gilles Deleuze o Gilbert Simondon dan las claves para entender el substrato metaestable y caosmótico que hace y deshace eso que llamamos *Tierra*: nuestro hábitat y nuestra morada. Doble faz la de una Tierra, pues, que se despliega en la obra de Sáez Rueda; por un lado, como lugar reglado (reglas de la naturaleza, reglas morales, leyes del derecho, etc.), pero, por otro, también como auto-organización creadora que, para mantenerse, ha de guardar (en lucha) una distancia excéntrica respecto a la ley, sea esta de un tipo o de otro. De nuevo lo *céntrico* y lo *excéntrico*: aquello reglado a lo que atenernos (*céntrico*) y aquello autogestante (*excéntrico*) desde lo que transgredir y transformar.

Que al ser humano no le basta la mera supervivencia es algo que ya nos narró Nietzsche en su combate contra el darwinismo social. Algo no reductible a la necesidad y, así, a la adaptación requerida por el medio, nos agujonea, más aún en la era de la muerte de Dios, esto es, de todo fundamento sobre el que hacer pie. A la necesidad en sentido amplio: la necesidad de adaptación al medio, como hemos dicho, y la necesidad como destino impuesto. Exceso de creación insurrecta que, sin embargo, ha sido convenientemente encauzado justamente hacia aquello frente a lo que se rebelaba. Puesto al

servicio, por tanto, de esa misma necesidad que ahora se ve reforzada y de un destino del que no podemos zafarnos. He ahí nuestra *Infirmas*: la enfermedad como desfallecimiento y claudicación. Pero, fundamentalmente, como ausencia de *Tierra*. Es justo aquí donde el enfoque del filósofo de Granada se posa sobre un problema actual urgente, en esa «agenda ecológica» que ya es motivo de angustias diversas y que nos sitúa ante la certeza de una amenaza de magnitudes casi inconcebibles. No obstante, su lugar de enunciación es intempestivo:

¿Qué es la *Tierra*? ¿Cómo y por qué la hemos perdido? ¿Qué implica dicha pérdida? La Tierra no es sólo el planeta en el que habitamos. No es el equivalente al hábitat del ser humano ahora en riesgo por el cambio climático, o sea, por la propia acción humana. La Tierra es, además, hogar. Una morada cualitativa que nos acoge, nos envuelve y nos atraviesa. Hogar *céntrico* y *excéntrico* a la vez. El libro de Luis Sáez Rueda, que bien podría encuadrarse en esto que ahora ha venido a llamarse Humanidades ambientales, nos habla del carácter híbrido, a lo Bruno Latour, de esta roca redonda y azul que sostiene nuestra vida y la del resto de especies animales y vegetales. Híbrido porque el hecho de que su carácter sea natural o cultural es absolutamente indecible. De ahí una expresión fundamental en el libro: «*physis* cultural». Ella nos habla de un principio que se encuentra en ambos polos del dualismo, en la naturaleza y en lo cultural, y que no es otro que el principio de los principios: *lo irreglable* que engendra toda reglamentación. La Tierra es la nervadura de lo natural y lo cultural conjuntamente, entendidos como sustento autocreador, *autopoiético* e inmanente. Por tanto, es ambas cosas a la vez: hábitat natural de supervivencia y morada de sentidos, morada de moradas. A esta definición se ocupa la primera parte de la obra de Sáez Rueda. Sin ella, y este es uno de los puntos

fundamentales que sostiene el autor, el ecologismo queda engullido por aquello que pretende combatir: de un lado, la idea de nuestro planeta como simple medio para la vida humana, como mero recipiente que nos contiene en óptimas condiciones de conservación; de otro, la consiguiente defensa de la misma, de nuevo con sesgo antropocéntrico, la cual nos hace entenderla a ella como propiedad y a nosotros como sus propietarios. De fondo, el mantra del dominio y el progreso de los que aún no nos hemos librado y que justifican la depredación.

En definitiva, sin contemplar la dimensión cualitativa de la Tierra, su valor más allá de su utilidad y su instrumentación, seguiremos presos del mismo bucle que nos ha traído hasta este punto.

Pero, ¿dónde y cómo comenzó tal movimiento *autofágico*? (2015, pp. 198-219) Devorados por nosotros mismos, por una suerte de ceguera autoimpuesta, caminamos por sendas de las que nos es imposible salir. *Fuerzas ciegas*, este es el nombre dado por el filósofo a un perverso céfiro que nos arrastra sin remedio. En concreto, son tres que, entretejidas y reforzadas entre sí, nos dan el rostro completo de la inevitabilidad a lomos de la que cabalgamos sin poder detenerla: el capitalismo tal cual ha venido a desarrollarse hasta nuestra era, la racionalización procedimental y el espíritu de cálculo. Así, lejos del usual reduccionismo que achaca todos los males de la época al sistema productivo del capital globalizado, Sáez indaga más hondo para dar cuenta del trenzado invisible de estos tres poderes que nos aprieta y tira de nosotros. La reflexión saeziana nos enfrenta a la cuestión de una alienación global cuya génesis no se encuentra únicamente en el sistema productivo y financierizado del capitalismo, porque sin una racionalidad instrumental que ha acabado por devorarlo todo y sin una tendencia a la

hiperprocedimentación, así como sin el espíritu de cálculo, aquél no habría llegado a extenderse de forma tan intensa hasta acabar desplegando todo un *ethos agenésico* —incapaz de crear o dar a luz—, neutralizado en su capacidad autogestante, autotransformadora. Sin salida, estas tres fuerzas ciegas nombran al destino, puesto que constituyen una inercia inflexible hacia una «ingeniería de lo salvaje» (p.111), una *gestotecnia* que pretende «reglamentar al poder de crear regla sin regla» (Íbidem) a través de los diversos dispositivos en los que cristaliza. Domesticación de la *physis* —natural y cultural—, que no es otra cosa que su completo vaciamiento. En esto consiste la *Infirmitas*, en ese decaimiento de las potencias gestantes que nos deja abocados a la perpetua heteronomía, a la completa dependencia de los designios del fetichismo, de la instrumentalización y del control procedimental.

Infirmitas: Ausencia de lo problematizante que puja a encontrar nuevas respuestas. Abocados a la *centricidad*, sin un afuera desde el que plantar batalla, nos hemos tornado espectros, figuras fantasmáticas que moran en una realidad que ya no es la suya y en la que no pueden intervenir. Únicamente nos resta dejarnos arrastrar. Y es así que nos experimentamos en falta, sumidos en una deuda infinita imposible de pagar, que crece y crece en la medida en que todo es siempre “para” otra cosa. Cadena infinita que, además, nos arroja a una espera sin término. Nunca sucede nada, siempre esperamos otra cosa. Homogeneización de los acontecimientos bajo el patrón *agenésico*, todo lo que acaece responde al mismo vaciamiento: nihilismo. Pero un nihilismo del esperpento, comedia donde lo ridículo radica justamente en un «entre-tiempo vacío que se convierte en *pasa-tiempo*, en un dejar pasar las horas, los días, los años». Ilustrado con su interpretación de la obra *Esperando a Godot*, Sáez Rueda nos muestra este

camino de enajenado desasimiento por el que la *Infirmitas* se trueca finalmente en *Indignitas* (p. 189).

El fenómeno de la transformación a través del devenir no constituye (...) algo accidental en la humanidad. Es su ser más profundo. La vida humana consiste en una gesta, en un proceso y un devenir que elabora su propia naturaleza. Ésta no es un punto de partida estable; es la presencia en lo humano de la naturaleza como *physis*, que es una potencia auto-alterante. La naturaleza humana es su gestarse, un dinamismo autogenerador y naciente (p.194).

¿Cómo recuperarlo? ¿Cómo reencontrarnos con la *Firmitas* y, así, con la *Dignitas*?

Ecologismo admirativo y *cosmopolitismo telúrico*, esta será la respuesta con la que el filósofo granadino culmina un libro desgarrador y luminoso. En el intersticio de estas dos nociones emerge la figura trágico-heroica del que sabe que no le queda otra que batallar contra aquello destinal, contra las fatalidades que esos dioses imponen y que, paradójicamente, él mismo ha provocado con la minuciosidad de los acaeceres de la historia de Occidente hasta llegar a nuestra era, la era de la *gestotecnia*. Una historia, pues, que ha de ser revertida y reiniciada incluso con el inquietante ahínco del que ve, como adivinaba Cassandra, los vaticinios de la calamidad.

Referencias

- Sáez Rueda, L. (2021). *Tierra y destino*. Barcelona: Herder.
- Sáez Rueda, L. (2015). *El ocaso de Occidente*. Barcelona: Herder.
- Sáez Rueda, L. (2009). *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*. Madrid: Trotta.